

Eva María Flores Ruiz (ed.), *Celestiales desatinos, antología de almanaques literarios del siglo XVIII (1733-1767)*, Gijón, Ediciones Trea, 2022, ISBN 978-84-18932-80-9, 198 pp.

No deja de sorprender que un arte que añade a la ya temporal materia del verso o de la fluyente prosa el tema más fugaz que cabe contemplar, el paso de días y estaciones, se exprese, en pleno Siglo de las Luces, con resabios tan anacrónicos.

Los almanaques ilustran un momento paradójico, en que entona su canto de cisne el Antiguo Régimen; en sus páginas sale a pasear un quevedismo de tercera cocción, desmesurado y polvoriento, que se anima con nuevos bríos prestados por el naciente género periodístico. La técnica cuasifolletinesca, con rica intertextualidad de años y autores, se abre a un público voraz, que pide exceso, indiscreción y caricatura. Una voraz ansia lectora –casi inconcebible en nuestro presente–, tanto en la soledad del ámbito doméstico como en la ruidosa convivialidad de tabernas, cafés y mentideros, obra como motor de textos, otorgando músculo a lo que quizás el mero artificio literario sería incapaz de vigorizar. Es la bulímica esfera pública, insaciable y fabuladora, que León y Ortega (1735) evoca en una de sus tiradas: «...senadores de barbería, tragaldabas de gacetas, gomias de novedades, sastres de embustes [...], de aquellos que madrugan con los mauleros y las cabras, para preguntar qué hay de nuevo antes de saludar a un cristiano», «[rascándose] a cada esquina con manojos de cartas, papeletas, extractos, relaciones y folletines» (p. 38).

Eva María Flores, que ya ha ensayado con éxito en otras ocasiones el arte del florilegio, ofrece aquí una antología singular, dando campo abierto a nueve autores, en su mayoría devorados por el olvido, cuyos aciertos y procacidades se trenzan con vigor de altorrelieve. Recorremos de la mano de Francisco León Ortega, Germán Ruiz Gallirgos, Gómez Arias, Francisco de la Justicia y Cárdenas, Francisco de Horta Aguilera, Pedro Sanz, Jorge de Cárdenas, Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel y Antonio Romero Martínez Álvaro los años comprendidos entre 1733, cénit del género, y 1767, año de su prohibición tras la caída de Esquilache. Se nutre el esfuerzo antológico de un sólido estudio del campo a tratar, con una exhaustiva lista de fuentes primarias (pp. 183-193) y una copiosa bibliografía. La introducción, que sutilmente toma en préstamo algunos recursos críticos de los almanaqueros, entre ellos la despedida –«adiós, camuesos»–, es un modelo de claridad y gracia expositiva (pp. 9-21).

Se enfrenta la editora a arduas dificultades, acertadamente abordadas. Una de ellas es la evidente disparidad en la estatura literaria de los autores cuya obra se espiga aquí: es seductora la tentación de lucir solo a uno o dos, dejando en la sombra a tantos laboriosos segundones como se afanan en la estela de Torres Villarroel. Es inevitable que domine en la antología, representada por cuatro almanaques, la poderosa voz de Francisco de León y Ortega: autor poco conocido, digno de estudio monográfico, en modo alguno puede ser reducido a mero seguidor de Torres. Otra dificultad se cifra en la suma complejidad de unos textos sobrecargados de floreos verbales, arcaísmos, dialectalismos y referencias contemporáneas, en los que el andamiaje de segundas intenciones amenaza con tapar el hilo principal de la prosa; sin una masa de notas acompañantes, ciertos pasajes rayan para el lector contemporáneo en lo indescifrable. Un escollo no menor es la crasa vulgaridad y la crueldad en ciertas descripciones que, a ratos, pudieran impedir cualquier placentera inmersión textual.

Pretende esta breve reseña ofrecer algunas indicaciones sobre cómo se ha planteado y conseguido, dadas estas dificultades de partida, la consecución de un volumen atrayente, dotado de unidad y elocuencia. La selección realizada no es en modo alguna trivial, pues se parte de un corpus de más de doscientos almanaques, de los que solo dieciocho han

sido incluidos, aunque algunos de los ausentes han sido usados en el comentario. Dota de unidad al conjunto la homogeneidad estructural, pues cada una de las piezas se reduce en esta antología a los dos elementos de mayor relieve literario, aparte del título, generalmente prolijo y bombástico en sus pretensiones: un prólogo dirigido al lector, en que más que procurarse la benevolencia de este, se le fulmina jocosamente, sepultando cualquier voz crítica bajo una salva de invectivas profilácticas; y una introducción al juicio del año, en que se desarrolla una ficción anticipadora de las previsiones en él contenidas. En suma, se activan dos ejes, uno que va del autor a los lectores; otro que recorre con ojo omnisciente un transecto del cuerpo social, para detenerse en una plataforma desde la que emprender ese desaprensivo vuelo que es el pronóstico. La fórmula obliga a conciliar registros en mutua tensión, y solo una pluma poderosa es capaz de dotar de relieve y compacidad al resultado. Ello no ocurre en todos los casos, aunque ninguno de los almanaques de la presente antología deja de ofrecer pasajes genuinamente sabrosos.

La senda literaria almanquera, transitadísima en la primera mitad del siglo XVIII, cuando en salones y sociedades empezaban a hacerse oír los severos discursos ilustrados, ofrece dentro de su abigarrada mugre una rotunda originalidad. Mientras nuevas ciencias se abren paso consolidando una mirada crítica hacia el mundo, los seguidores de Torres se obstinan en demorarse en la carcasa de una ciencia muerta, la astrología. Operan sobre un basamento simultáneamente sacralizado y parodiable, que horada con sospechas de falacia todo el tejido textual.

Los tres elementos de cada pieza parecen miembros descoyuntados de una empresa general, que no se explicita: el material llega deconstruido en origen, con promesas de desarrollo que a conciencia se incumplen. Los títulos acotan un territorio que no llega a ser ocupado. El prólogo despliega una intertextualidad belicosa, herencia de Torres Villarroel, donde las arremetidas contra el lector permiten deslizar confesiones desvergonzadas del autor: todo discurre, con palabras de Benjamín Menéndez, «dentro de ese “pacto de agresividad permanente” que el autor parece haber firmado con sus lectores» (p. 10). Los propios títulos de ciertos prólogos así lo evidencian: «a los lectores de esquina», «al que malgaste el dinero», «a los murmuradores, soplones, envidiosos y malquistos», «al que quisiere o sepa leer» (pp. 77, 95, 120, 133). Lejos de la *captatio benevolentiae* del orador latino, León y Ortega declara: «nada me enfada tanto como el escritor ánima en pena que anda pidiendo de limosna los sufragios de los lectores» (p. 74). A ello se añade la general labor de zapa a cualquier zócalo de certidumbre; el descreimiento está anticipado en el propio comienzo de los relatos: «érase, o no era, fines del mes de las calabazas» (p. 104).

En la introducción se despliega una pequeña ficción, donde figuras varias conversan sobre temas de actualidad: hampones, gorriones y sablistas, entre ellos el propio autor; criaturas de ultratumba; personajes en clave; gitanos, campesinos rudos y otras comparsas. Suele la introducción arrancar con desmesurados bríos, tomando impulso para una ficción más vasta, que no llega a esbozarse. En lo que parece metáfora del escaso aliento del pronóstico, propulsado por una endeble maquinaria de falsedades, la ficción se desploma en pleno vuelo cuando recibe, como si descendiese de un *deus ex machina*, un inmisericorde tajo en el punto en que comienzan las predicciones anuales. En palabras de la editora, «es como si se hubiera montado el decorado para una función que no se llega a representar» (p. 18). Buena parte de los pronósticos se arropan con corrosivos retratos, rebosantes de miseria corporal e intelectual, con imposibles diálogos donde «todo [es] greguería, trápala y baraúnda» (p. 41). El marco narrativo resultante se sitúa en un radical plano terreno, contrafigura retórica del vuelo celestial, por desatinado que

sea, que cada almanaque promete. Esa terrenidad es palpable incluso en los casos en que la introducción se amuebla con figuras míticas, dioses paganos o sabios antiguos.

A la intertextualidad inherente a la pluralidad de voces que alborotan en cada pieza –entre ellas la que el autor, anticipando agresiones, atribuye al lector y a otros autores rivales a los que plagia y saquea–, se añade otra, muy cualificada, la de la censura. Pasaban por el filtro censor, inexcusablemente, los almanaques, y las correspondientes reflexiones críticas, generalmente benévolas, crean un sabroso contrapunto, donde brilla a veces el amor a las letras del funcionario. Más que tocar cuestiones de ortodoxia religiosa, el censor suele desactivar cualquier zozobra al respecto sumándose al tono jocoso-beligerante general, y declarando engañadores a los almanaqueros y juguetes fallidos a los pronósticos. La editora ha incluido a pie de página algunos pasajes de la crítica censora, que se trenza como una voz más en los disparatados conciliábulos de las introducciones. Al avanzar en la antología, algún lector sentirá apetito de leer más y más parlamentos de censores, pues, como observa la editora, parecen contagiarse del «proverbial desahogo piscatorial», soltando sabrosas y humorísticas andanadas contra unos y otros (p. 12).

Con buen criterio, no se han incluido en esta antología los juicios, uno para cada estación, integrados por efemérides, cómputos anuales y movimientos de los astros; un material que se engorda con coplas, adivinanzas, refranes y predicciones varias, de epidemias e indefinidas convulsiones sociales. Es cierto que, en el caso de alguno de los autores más inspirados, León y Ortega entre ellos, no dudamos de que también en los juicios se ha de hallar material valioso.

Al margen de la presentación estrictamente literaria, el corpus aquí presentado es una mina para futuros estudios sobre el léxico y la sociedad de la época. Los pasajes costumbristas de las introducciones contienen vigorosos retratos de su momento histórico; los diálogos y las descripciones abundan en voces familiares, términos jergales y dialectales, vulgarismos, tecnicismos obsoletos. Todo ello se presta al aprovechamiento ulterior, a la luz de una obra ilustrada que es su contemporánea, y que, como estos almanaques, admite también una lectura lexicográfica y etnográfica: el *Diccionario de Autoridades*, compuesto entre 1726 y 1739.

Y es que los estudios astrológicos, tan parodiables y abstrusos desde nuestra mirada contemporánea, tenían honda raíz en la cultura popular. Recordemos la semántica del latín *vates*, simultáneamente adivino y poeta; o la tradición popular, de origen medieval, que consideraba a Virgilio una especie de mago. En el habla salmantina, las voces *calandariero* y *poeta* son sinónimas: aluden al ‘meteorólogo popular que hace pronósticos’, según la definición que dio a esta última voz Unamuno. De ahí que esta antología saque a la luz una rica veta del alma colectiva, exponiendo una vez más aquella hermosa indistinción, en que la mirada hacia las brumas del futuro era inseparable de los ritmos de la literatura. Con menos generosidad, un censor fulminaba en 1746 «la mala maña de que los que salen al público con el empleo de adivinos hayan de ser poetas, haciendo equívoco el nombre de *vates*» (p. 56).

Esta antología, editada con escrupuloso equilibrio y mesurada armonía, es un semillero de hallazgos para distintos tipos de lectores. Al placer de encontrar buena prosa en tan insospechados parajes se aúna la promesa de futuras investigaciones. Los dieciocho almanaques extractados en estas páginas se suceden con un impecable avance, engarzados con excelente edición en un libro atractivo y necesario.

Pascual Riesco Chueca  
(Universidad de Sevilla)